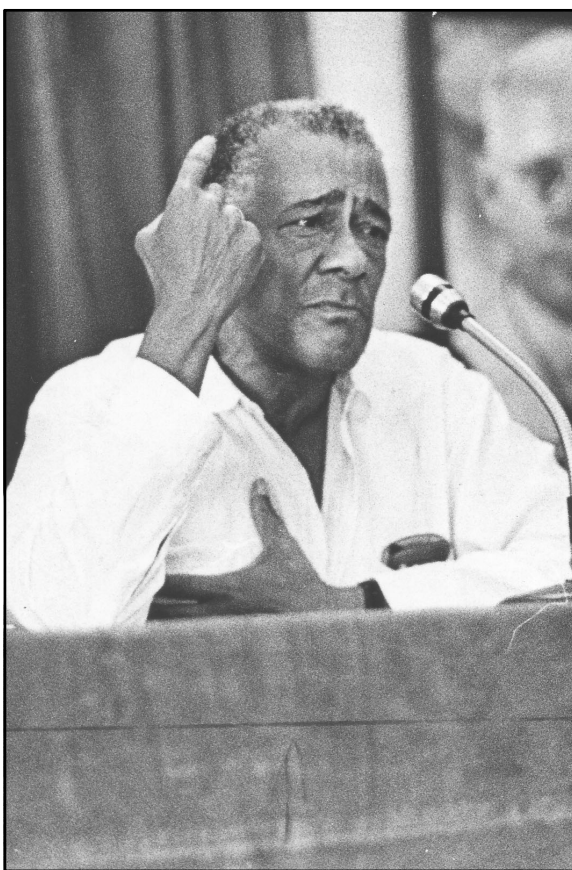


Autor no identificado



El líder sindical en la década de 1970.

LÁZARO PEÑA

Paladín obrero

Siempre en primera fila, contra los pandilleros del Gobierno en la neocolonia y luego, en la defensa de la Revolución

Por **PEDRO ANTONIO GARCÍA**

COMO ya he dicho en otras ocasiones –y dispénsennos los lectores que peinan canas por tener que leerlo nuevamente–, evocar a Lázaro Peña implica para el autor de estas líneas recordar dos momentos de su adolescencia. La primera de esas vivencias sucedió en casa de Juan Marinello, quien según la tía abuela Flora pertenecía a una rama distante en el árbol genealógico de la familia en Catalunya. Con la irreverencia festinada de sus pocos

años, el entonces estudiante secundario que no soñaba con ser periodista se atrevió a decir que Lázaro Peña no era un buen orador. El primo lejano enrojeció y armándose de paciencia, le explicó al joven irreflexivo que el líder sindical era un artífice de la palabra y le aconsejó analizar con mayor profundidad sus arengas “breves, jugosas y elocuentes”.

Tiempo después, al acompañar a su padre a una cobertura periodística, el hoy articulista vio a Lázaro en plena acción.

Se desarrollaba una asamblea de trabajadores en pleno caos cuando de la presidencia requirieron la ayuda de un señor de tez negra y el pelo algo canoso que ocupaba una butaca al fondo del salón, del lado del público. Era de complexión fuerte sin llegar a la robustez, manos gruesas, pulcro al vestir, sin ostentación: llevaba una camisa gris de mangas largas y un pantalón de mezclilla, en cuyo bolsillo posterior sobresalía una libreta doblada. Con pasos seguros avanzó hacia la mesa.

“Hemos hablado con la administración, hemos dialogado con los obreros antes de la reunión y se ha podido sacar algunas conclusiones”, dijo, más o menos, con su voz ronca y entrecortada. Comenzó a pormenorizar los problemas del centro y propuso algunas soluciones, advirtiendo que solo serían eficaces si las emprendieran colectivamente. Convocó a que esos compañeros que, según la administración, se pasaban el día hablando mal de todo, los llevaran a la asamblea general, no como a un circo romano, sino en un ambiente fraternal, para que expusieran allí todo lo que creían solución a los problemas, “y hay que oírlos porque a veces esa gente tiene buenas iniciativas”, añadió.

Muchas veces se le oyó decir a Lázaro que en las reuniones del sindicato “es mejor que se hable, que siempre se discuta, que siempre haya opiniones, que se manifieste cada uno. Que se mantenga todo lo que históricamente ha dado fuerza al movimiento sindical de todas las épocas: el acatamiento de la voluntad de la mayoría por la minoría sobre la base de la explicación”.

Nacido en el seno de una familia pobre en 1911, tuvo que renunciar a la infancia para ganarse el pan en una tabaquería. Por su inteligencia brillante, su talento innato para



En los años de mayor histeria anticomunista en la neocolonia no pudieron apagar su voz.

presidir asambleas y dirigir debates, le fueron eligiendo para diversos cargos sindicales, hasta que en 1934 devino líder nacional de los tabaqueros. Entonces se propuso una meta: dotar al proletariado cubano de una confederación unitaria. Lo logró en 1939, cuando fundó la Confederación de los Trabajadores (CTC), por cuya legalización, desde el cargo de secretario general de la organización, luchó durante años hasta que se hizo realidad en 1942, con la entrada de Cuba a la Segunda Guerra Mundial.

Conducir la lucha del proletariado por el camino de la unidad fue entonces, y toda su vida, su objetivo fundamental. La violencia gangsteril y las intromisiones gubernamentales de los regímenes auténticos, en medio de la histeria anticomunista de los años de la Guerra Fría, lo despojaron de la dirigencia de la CTC. No obstante, el pueblo lo eligió representante a la Cámara en 1950 con la segunda más alta votación en toda la república.

Al usurpar Batista el poder en 1952 sufrió persecuciones y el Partido Socialista Popular (comunista), en el cual militaba, le orientó marchar al exilio. Tras el triunfo de la Revolución

retornó a la patria. En el XI Congreso de la CTC volvió a ocupar la secretaría general de la organización. Se le vio entonces siempre en primera fila, ya fuera en la campaña por la superación de los trabajadores como predicando con el ejemplo con su incorporación a las Milicias. Rara vez le vieron en la oficina, detrás de un buró: se la pasaba recorriendo colectivos de trabajadores, en permanente contacto con la masa obrera, escuchando sus interrogantes y reclamos.

Su anecdotario de aquellos tiempos bien merecería una compilación. En la sede de la CTC, este periodista escuchó decir a una recepcionista: "Siempre daba los buenos días, se detenía a saludar a los trabajadores, cualquier asunto que uno le planteara se esforzaba en darle respuesta". Una ascensorista afirmó: "Me echaba el brazo sobre los hombros, me preguntaba por mis problemas personales, por la familia, cómo me trataba mi jefe".

Quienes le conocieron hablaban siempre de la sonrisa que nunca abandonaba, la mano presta al saludo, los dicharachos que usualmente decía, la pasión por el boxeo, el béisbol y la música, su sentido del humor.

De regreso a La Habana de un recorrido por Cienfuegos, ya la Revolución en el poder, conocedor de que Vicente Pérez Fernández, un líder sindical, no era muy avezado en temas deportivos, le dijo cuando en el auto estaban llegando a Cruces: "Vamos para casa de Martín". "¿Qué Martín?", dijo su interlocutor. Lázaro hizo como si se pusiera serio. "¿Tú no sabes que aquí vive Martín Dihigo?, ¿tú no sabes quién es? Me da pena decírtelo con todo lo dirigente provincial de la CTC que eres". Fueron a casa del pelotero. Años después Pérez Fernández relataría a un periodista: "Era un hombre altísimo, con unas manazas enormes. Lázaro me presentó: 'No sé si has oído hablar de él', le dijo a la gloria deportiva cubana, 'pero por lo menos él dice que no te conoce, échale en cara toda la grandeza tuya para que él sepa'".

Ya aquejado de la dolencia que le causaría la muerte, hizo un aporte fundamental a la organización del XIII Congreso Obrero, sobre todo en la elaboración de las tesis que prepararon al movimiento sindical para una etapa superior de participación de los trabajadores en los empeños principales del país. Reelecto secretario general de la CTC, asumió esa importante responsabilidad hasta el último aliento.

A casi medio siglo de su deceso, acaecido el 11 de marzo de 1974, hay frases suyas que mantienen una impactante actualidad, como cuando expresó: "El espíritu es de batalla, el espíritu es de esfuerzo, es de no prometer lo que no podemos hacer, es de encararnos con todo lo que debemos hacer". ●

Fuentes consultadas

Textos publicados por el autor de este trabajo en el periódico **Granma** (1996, 1999 y 2001). Testimonios y documentos ofrecidos por Jaime Gravalosa, Vicente Pérez Fernández, Octavio Louit Venzant, Evelio Tellería Toca y la familia de Lázaro Peña.

MELBA HERNÁNDEZ

“En mi patria siempre brillará el sol”

Heroína del Moncada, del llano y la Sierra, de la guerra y de la paz, nunca dejó de ocupar un puesto de primera fila en la lucha por una Cuba mejor

Por **PEDRO ANTONIO GARCÍA**

COMO muchos jóvenes de su época, después de que Batista perpetrara el golpe de Estado, Melba buscaba ansiosamente qué hacer para acabar con aquella tiranía. Una amiga le presentó a Abel Santamaría. Tras hablar largo rato con él, ella creyó haber encontrado a quien podía salvar a Cuba de la triste situación en que se hallaba, “pero a su vez él me insistió para que conociera a otro joven a quien consideraba que solo él podría dirigir la acción revolucionaria en el país para derrocar al tirano Batista”, le confesaría la Heroína a una periodista años después.

“Nos citamos para encontrarnos en 25 y O, el apartamento donde vivían Abel y su hermana Haydée”, prosiguió entonces Melba en su diálogo con la reportera: “Abel nos presentó, nos saludamos y nos pusimos a conversar. En la medida que Fidel hablaba me daba cuenta de que aquello era lo que yo estaba buscando. Desde ese momento me encontré ya comprometida con Fidel Castro y con aquel movimiento que empezaba a nacer, y que apenas contaba en aquel momento con ocho personas cuando más”.

Melba Hernández Rodríguez del Rey era oriunda de Cruces, antigua provincia de Las Villas,

A Melba se le recuerda así, con su característica sonrisa.



Autor no identificado

donde había nacido el 28 de julio de 1921. Graduada de abogada en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana en 1943, según solía decir “no era una carrera productiva para mí: Los pocos asuntos que llevé no eran los que dejaban mayores ganancias, aunque sí los que permitían mis principios. Mis clientes eran guajiros explotados, una muchacha que del prostíbulo salía para la cárcel; obreros despedidos. Recuerdo aun un caso que llevé defendiendo a los trabajadores de los Omnibus Aliados”.

Activa participante de los preparativos para el asalto al cuartel Moncada, se le asignó junto con Haydée Santamaría la misión de auxiliar al doctor Mario Muñoz en el hospital civil, los tres bajo las órdenes de Abel. Ante su presencia fue asesinado el galeno por las hordas batistianas. Confinada en los calabozos de la fortaleza santiaguera, fue testigo junto con Yeyé de los crímenes perpetrados allí.

Sancionada ambas a prisión, fueron puestas en libertad en

febrero de 1954. Casi inmediatamente después del excarcelamiento las dos muchachas se dedicaron a la edición, impresión y distribución del alegato de autodefensa de Fidel, que bajo el título de *La Historia me absolverá*, devino programa político de la Revolución.

Ante la enorme presión popular la tiranía batistiana se vio obligada en mayo de 1955 a liberar a los moncadistas. A la salida del presidio, estaba Melba para abrazarlos. Según testimonio del comandante de la Revolución Ramiro Valdés, en el barco *El pinero*, durante el viaje de regreso a La Habana, ella participó en la reunión “donde bajo la conducción de Fidel, se decidió el nombre de 26 de Julio para el movimiento revolucionario, en el cual, desde junio de ese año, integró su Dirección Nacional.

Combatiente en las filas del Tercer Frente Oriental Mario Muñoz, bajo el mando del comandante Juan Almeida, asumió la responsabilidad de la recaudación del impuesto al café y al ganado; aparte de atender



Con Haydée y Fidel, tras la liberación de los moncadistas.

la distribución del armamento y organizar una escuela para alfabetizar a la tropa, creada por orientación de Fidel.

Tras el derrocamiento de la tiranía, la Revolución le encomendó difíciles tareas las cuales asumió impecablemente. Directora del Reclusorio Nacional de Mujeres en Guanajay, el mismo penal donde Haydée y ella fueron internadas por el régimen batistiano, organizó la vida de las reclusas sobre la base del estudio y el trabajo. Ella gustaba recordar: "Sembramos vegetales y otros cultivos; hicimos un taller de artesanía; se fabricaron cestas para la venta de estos vegetales (...) Se confeccionó ropa para los campesinos de la Sierra Maestra que combatientes del Moncada y familiares de mártires llevaron y repartieron allá".

También desempeñó otras importantes responsabilidades, entre ellas, presidenta del Comité Cubano de Solidaridad con los pueblos de Indochina; miembro del Presidium del Consejo Mundial de la Paz; secretaria general de la Organización de Solidaridad con los Pueblos de Asia, África y América Latina (OSPAAAL); embajadora de Cuba en Vietnam y Kampuchea, y directora del Centro de Estudios sobre Asia y Oceanía.

Falleció en la noche del domingo 9 de marzo de 2014.

Siempre estuvo dispuesta al diálogo con cualquier tipo de audiencia, fuera profesional, obrera, campesina o estudiantil. Si le preguntaban sobre el Moncada, solía subrayar que nunca lo había visto como un fracaso o una derrota. "Si volviera a nacer y se dieran iguales circunstancias, con un desgobierno como el que había entonces, y Fidel me dice: 'Vamos a la toma del Moncada', allá voy yo a la toma del Moncada".

Una vez le preguntaron cuál era su mejor sueño. "Son muchos y yo no digo que sueño con lo que los jóvenes harán en un futuro, porque estoy segura que lo van a hacer; tengo plena confianza en los jóvenes, si no creyera en ellos no podría creer en mí. Tengo plena confianza en que en mi Patria siempre brillará el sol con que soñamos". ●

Fuentes consultadas

El libro *Melba, mujer de todos los tiempos*, de Margarita Iliásstegui y Gladys Rosa Álvarez. Entrevista concedida a Susana Lee (**Granma**, 26 de julio del 2003). Los textos periodísticos *Un equipaje valioso*, de Melba Hernández (**Verde Olivo**, 28 de julio de 1963), *Mujeres de fuego y miel*, de Lídice Valenzuela (**Radio Rebelde digital**) y *Melba, pasión por Cuba* (**Granma** 28 de julio de 2015).

EFEMÉRIDES DE MARZO

SEGUNDA QUINCENA

15-19 (1874) Batalla de Las Guásimas, dirigida por Máximo Gómez.
ANIVERSARIO 145.



18 (1809) Nace en La Habana el poeta Gabriel de la Concepción Valdés, *Plácido*.
Aniversario 110

23 (1814) Nace la destacada poeta y dramaturga camagüeyana Gertrudis Gómez de Avellaneda.
ANIVERSARIO 205.



23 (1894) José Martí publica en **Patria** su artículo *La verdad sobre los Estados Unidos*.
ANIVERSARIO 125.

24 (1959) Se crea el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (Icaic).
ANIVERSARIO 60.

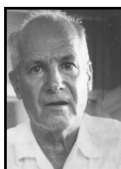


26 (1959) Se fundan los Órganos de la Seguridad del Estado. **ANIVERSARIO 60.**

30 (1849) Fallece el científico Tomás Romay.
ANIVERSARIO 170.



31 (1914) Nace el poeta, narrador, ensayista e investigador Samuel Feijóo, fundador y primer director de la revista **Signos**.
ANIVERSARIO 105.



31 (1959) Creación de la Imprenta Nacional de Cuba.
ANIVERSARIO 60.